

EL PRESIDARIO Y LAS NARANJAS

El exprimidor despedazo la última de las tres naranjas que el presidiario manipulaba para la preparación de su zumo. Un cuarto de hora más tarde por la puerta del pub entró un hombre moreno y delgado de mediana edad. Se sentó en una de las mesas redondas del establecimiento y pidió, muy cortésmente, un zumo de naranja. El recién regente del pub sintió una gran tristeza al ver que ya no le quedaba ninguna naranja. Desolado, contó al cliente que había salido de la cárcel hacía poco y que se había hecho cargo del pub con la mayor de las ilusiones en el inicio de la que él quería que fuese su nueva vida; por lo que le rogó que esperase un momento, que iba inmediatamente a la frutería de la zona en busca de las mejores naranjas para el zumo que le había pedido su primer cliente. Éste, sorprendido por la ingenuidad del quien él pensaba, con la misma ingenuidad, que era un expresidiario, sonrió y no tuvo el menor inconveniente en esperar a que viniese con las naranjas. Pasó media hora y el presidiario no aparecía. Un nuevo cliente, grueso y con aspecto rudo, entró en el aún poco frecuentado establecimiento y, cuál sería la coincidencia, que también pidió un zumo de naranja gritando hacia la cocina del bar. Al ver que nadie le atendía detrás de la barra, comenzó a marchar, mientras protestaba por el mal servicio del establecimiento. El primer cliente, apenado por la situación de la que se sentía en parte responsable, le dijo que él era el que estaba al frente del

establecimiento y que, si no tenía inconveniente, iría a por unas naranjas, dado que se habían agotado. El hombre, sorprendido por la inusual amabilidad, se quedó esperando gratamente. Al poco tiempo entró un comisario de policía y pidió otro zumo de naranja, sin mirar a la barra. Cuál sería su sorpresa cuando vio a el presidiario aparecer con las últimas tres naranjas que quedaban en la populosa frutería. Tras una carrera por toda la avenida, el comisario atrapó al presidiario, que llevaba aún las naranjas en la mano. En lo alto de la empinada ciudad una gran cárcel se erigía entre los oscuros edificios. Allí era donde había ido a parar el presidiario de las naranjas. Mientras el hilo radiofónico difundía por toda la población la historia del presidiario y las naranjas, muchos eran los ciudadanos que se sentían conmovidos por la historia. Aquel que en su vida había sentido alguna vez una necesidad de redención se identificaba con el destino del presidiario. El presidiario comenzó a tener visitas de todas las partes de la ciudad. Recibía de cada uno de los visitantes tres naranjas como símbolo de regeneración. La cárcel comenzó a llenarse de naranjas hasta que por los barrotes, a modo de exprimidor, comenzó a salir un río de zumo que bajaba por las calles. Todos los habitantes de la ciudad salieron de sus casas y comenzaron, desnudándose, a bañarse en un río de pureza. Sus alegrías purificaban sus faltas. Una gran orgía de felicidad inundó la ciudad, mientras los fantasmas de la gente salían de los barrotes de sus corazones y se alejaban en negras nubes que se disipaban allá, en lo alto.